

LA RAMBLA ALBOSA, ESPACIO SOCIOECONÓMICO Y CORREDOR ECOLÓGICO VENTURREÑO

Autor: Javier González Segura

La Rambla Albosa se localiza al suroeste de la Meseta de Requena-Utiel, comprendiendo fundamentalmente los términos de Venta del Moro (Albosa alta o venturreña) y de Requena (Albosa baja o requenense). Es el afluente de mayor entidad que tributa al río Cabriel por la orilla actualmente valenciana, con una longitud de 36,8 kilómetros. Desde su nacimiento en el caserío de Gil Marzo (Jaraguas) a una altitud de 795 msnm, discurre cerca de varios núcleos urbanos hasta su desembocadura en un pequeño delta interior junto a las Casas de Caballero (Requena) a 370 msnm.

Su cuenca ocupa 388 km² (57,7% en Requena y 35% en Venta del Moro), siendo de tamaño algo superior a la comarca del Rincón de Ademuz. Varios son los cursos que la drenan: Barranco del Boquerón, Rambla de la Bullana y Barranco Varejo (Venta del Moro) y Ramblas de la Alcantarilla y de los Morenos (Requena), especialmente por su margen izquierda.

El diccionario de la Lengua Española de la RAE define, en su primera acepción, rambla como “lecho natural de las aguas pluviales cuando caen copiosamente”, sinónimo de torrentera o riera. En efecto, así se comportan la inmensa mayoría de los barrancos y otras ramblas de nuestra comarca y entorno próximo, llevando exclusivamente caudal tras periodos de lluvia, siendo en ocasiones inusitados ante precipitaciones torrenciales, como sucedió en la riada de agosto de 1955.

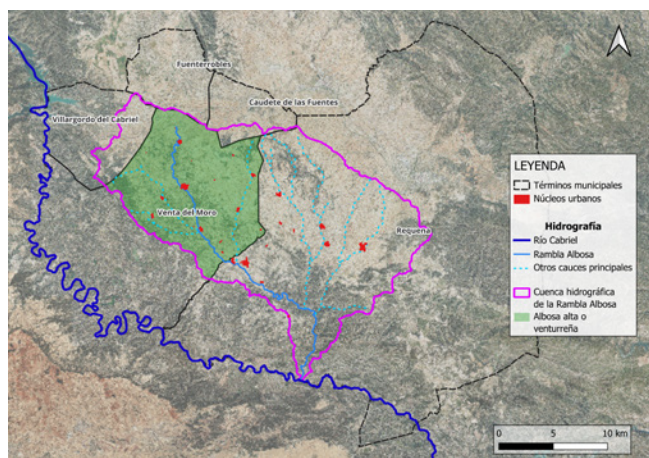
Es cierto que durante los últimos milenios nuestra rambla Albosa ha quedado condicionada por la alternancia de períodos húmedos y secos, cuya variabilidad pluviométrica ha determinado considerablemente los caudales continuos e

intermitentes. Así, en el siglo XVIII señalan los venturreños que “el riego no es fijo porque sólo le tienen en los años muy húmedos cuando suceden recios temporales, en cuyos tiempos corre el agua por la rambla y en los demás del año está seca y enjuta” (Latorre, 2001). Este extremo comienza lamentablemente a ser habitual de nuevo en algunos sectores, como sucede en las inmediaciones de las Casas de Penén de Albosa (Requena), donde la lámina de agua termina por desaparecer durante la época estival desde el año 2023.

No obstante, entre los siglos XIX y XX, la mayor abundancia y frecuencia de las precipitaciones permitieron el mantenimiento de potentes manantiales distribuidos por su cuenca, que motivaron el asentamiento de una dispersa, pero nutrida población basada en una economía agroganadera diversificada. Dada la notable extensión de la cuenca hidrográfica, este artículo se centrará en la Albosa venturreña, reseñando algunas de las principales actividades económicas que se practicaron así como los valores naturales y patrimoniales asociados a ellas.

EL AGUA EN LA ALBOSA ALTA: MANANTIALES, MOLINOS Y SALINAS

Como ha quedado señalado, la rambla Albosa ha portado caudales de forma permanente gracias a sus numerosas surgencias, si bien muy variables en el transcurso de los últimos siglos. Sin duda, el manantial más potente y uno de los más reconocidos de la cuenca alta es, precisamente, el que está considerado el verdadero nacimiento de la Albosa, tras la desaparición de los humedales de Gil Marzo: la fuente Amparo. Icono de la aldea jaragüña, fue construida en



Localización geográfica de la Rambla Albosa y su cuenca hidrográfica. Fuente: CHJ e ICV. Elaboración propia.



Rambla Albosa en una estampa invernal, cada vez más propia de otros tiempos. Fuente de los Desmayos, Venta del Moro. Fuente: Maruja Cervera

1911 y presenta “una hermosa testera de adobe con relieves ornamentales” (Atienza, 2021).

Junto a los manantiales de Los Encaños, la fuente de los Chisques o la fuente de la Zorra, ya citada en 1798, se dirige hacia Venta del Moro, recogiendo a su camino las aguas de los manantiales del Almendro y del Tollo de las Cadenas. A su paso por “la Venta”, destacaron por ser puntos de aprovisionamiento de agua de boca para los ventamorinos las fuentes urbanas de los Desmayos (Vieja) y la de Nuestra Señora de Loreto (Nueva), esta última magníficamente restaurada en 2018 (Latorre, 2019).

Aguas abajo, tras sobrepasar las fuentes del tío Chacón, del tío Chaleco y de la Ventilla, frente a la aldea de Casas de Pradas y cerca de la Fuente de la Albosa o de la Piscina, desembocan la rambla Bullana y el Barranco Varejo. La primera de ellas constituye quizá el curso fluvial con la mayor concentración de manantiales del término, si bien muchos de ellos se hallan en la actualidad secos. El tolo Bolinches y las fuentes de Los Cantos, del Culan-



Balsas y eras de cristalización en las salinas de Jaraguas, en plena explotación del recurso. Fuente: Venta del Moro. Cien años en imágenes

trillo o de los Gallinas constituyen algunos ejemplos destacados. El barranco Varejo, por su parte, contaba con pocas fuentes destacadas, como la de los Estanqueros o la de Montero.

Finalmente, el barranco del Boquerón, el otro gran afluente de la Albosa que a pesar de verter sus aguas en el término municipal de Requena es eminentemente venturreño, contaba con algunas copiosas surgencias, desaparecidas en la actualidad. Así, la fuente del Boquerón, del Boqueroncillo, del Álamo o de la Casa Nueva apenas quedan junqueras que revelan su antaño cuidada ubicación. Mención aparte merece la frecuentemente disputada Mina de la Muela de Arriba, en el límite con Requena y localizada próxima a un poblado íbero de interés.

Gran parte de estos puntos de agua, especialmente los situados junto a la capital municipal, las aldeas o los caseríos fueron utilizados por los vecinos como lavaderos, destacando el de Jaraguas por sus dimensiones y buen estado de conservación, el ya desaparecido de Casas de Pradas o el de Casas de Moya, totalmente abandonado.

Por su parte, la presencia de caudales continuos y abundantes de la rambla Albosa y sus afluentes impulsaron la edificación de dos molinos harineros, cuyas edificaciones se hallan arruinadas o han sido arrasadas. El molino de la Romana o del tío Aniceto recogía las aguas de las ramblas Bullana y Albosa mediante acequias de riego. De entre sus ruinas destaca su impresionante cubo de sillería, de unos 15 metros de profundidad. Sin embargo, del molino de los Carrascosas, del tío Julio o de la Casa Lo Alto apenas queda su recuerdo entre los más mayores de las aldeas y casas de labor cercanas (Argilés y Sáez, 2008). Ya en término de Requena llegaron a existir otros cinco molinos y un batán vinculados a la rambla Albosa.



Fuente Amparo y cubo del molino de la Romana. Autor: Javier González Segura

No obstante lo anterior, las aguas saladas también tienen cabida en la Albosa alta. La aldea de Jaraguas alberga una de las mayores singularidades del patrimonio hidráulico de la Meseta de Requena-Utiel: las salinas del Charco Salado. Emplazadas en la depresión de la Hoya de la Salobreja, diapiro triásico con extrusiones de yesos, arcillas y sales, constituyen el único manantial de agua salada conocido en el término.

Junto a la infraestructura salinera (7 pozos, 25 piletas de cristalización y 5 áreas de secado y carga de sal), la peculiaridad de este elemento histórico reside en su propiedad comunal y en la técnica de evaporación inducida. De esta forma, en veranos cortos de cosecha, las familias jaragüenses podían producir sal en pleno invierno con la evaporación de la salmuera mediante el uso del fuego (Iranzo, 2006).

EL REGADÍO COMO MEDIO DE SUBSISTENCIA

Si ha habido, y de forma testimonial continúa siéndolo, una actividad ancestral ligada a la cultura del agua, esta ha sido sin duda la hortofruticultura. En la cuenca de la Albosa todavía pueden encontrarse numerosos sistemas tradicionales, tanto de captación de aguas superficiales como de extracción a partir de los subálveos.

En particular, los pequeños huertos de Casas de Moya, Los Marcos y Las Monjas contaban en su mayor parte con norias de tracción animal (de sangre o de caballería), posteriormente sustituidas por motores eléctricos o de combustión, siendo cada propietario responsable de su mantenimiento. Por otra parte, el riguroso aprovecha-

miento de las aguas superficiales en los cursos perennes mediante azudes, acequias y balsas reguladoras permitió la creación de extensas fajas irrigadas junto a núcleos habitados. En el caso de las huertas del caserío del Boquerón, de las casas de Las Huertas, de Jaraguas, las Casas de Pradas, la propia Venta del Moro o la aldea de Casas del Rey. En esta última destaca el elevado número de balsas particulares, prácticamente una por cada huerto, reflejando unas necesidades hídricas superiores a los recursos disponibles, que obligaban a una regulación y un control excesivos (Hermosilla, 2005).

Así, fue habitual la creación de tandas o turnos de riego para el reparto del agua entre los diferentes propietarios en función de la superficie regable, así como unas ordenanzas que señalaban las directrices para el correcto funcionamiento del sistema, incluyendo los derechos y deberes de los regantes (limpieza -*saque*- de la acequia madre) y las posibles sanciones a las que estaban expuestos. En este sentido, cobraron especial importancia los alcaldes de aguas, como lo fue Victoriano Olmo en Casas del Rey, que intervenían asimismo en aquellos conflictos que surgiesen entre regantes (Latorre, 2024).

El regadío permitía asegurar cosechas que en el secano eran siempre inciertas. Por tanto, los cereales (trigo, cebada o maíz -*araza*-) eran a menudo plantados para garantizarse una determinada cantidad para cosechar. Los forrajes, con gran protagonismo de la alfalfa -*alfalfe*- o las remolachas, constituían uno de los ejes centrales de toda huerta venturreña al ser el alimento de animales de tiro, cerdos, ovejas o cabras. El mosaico hortícola se completaba con tubérculos como la providencial patata o la casi desaparecida pataca; decenas de especies y variedades de hortalizas y verduras (ajos, melones del año y del agua, tomates, pimientos, berenjenas, cebollas, coles grumeras, alubias -*bajocas*-, calabazas gorrineras, de freír y de asar) y árboles frutales que delimitaban y ensalzaban huertas y acequias (ciruelos y *pumares*, manzanos, perales, manzanos enanos -*peroteros*-, albaricoqueros -*alberchigos*-).

Lamentablemente, la drástica reducción de los caudales, habiendo desaparecido un gran número de ellos; la falta de relevo generacional y la dificultad de mecanización del parcelario eminentemente minifundista ha motivado el abandono masivo de los pequeños huertos antes tan valorados, habiendo sido puntualmente reconvertidos en viñedos. Con ello, se han desvanecido conocimientos y saberes antiguos, variedades cultivadas de elevado valor agronómico y especies de flora y fauna asociadas a la horticultura, como la codorniz (*Coturnix coturnix*).

VEREDAS, MAJADAS Y DEHESAS: EL PASADO GANADERO

Junto al regadío tradicional, la ganadería extensiva vinculada a la explotación tradicional de pastos, montes y rastrojos de cultivos tuvo un papel determinante en el desarrollo y configuración de la Albosa alta. Tanto los hatajos de ganado pertenecientes a las casas de labor y aldeas como los rebaños trashumantes procedentes de la serranía de Cuenca o La Mancha hacia la ribera del Júcar y la Albufera empleaban una nutrida red de vías pecuarias (coladas, veredas, cordeles) que conectaba las zonas de pasto (dehesas, montes comunales, cultivos) con núcleos urbanos y equipamientos ganaderos (majadas, abrevaderos) (Gómez, 2015).

Destacan por su importancia económica en el pasado y por su valor cultural presente las dos grandes veredas, mal llamadas cañadas, que atraviesan este vasto territorio: la vereda de la Serranía de Cuenca a la Ribera del Júcar o de Hórtola y la vereda de la Mancha o de San Juan. Ambas vías pecuarias se unen en las inmediaciones del antiguo nacimiento de nuestra rambla (humedales de Gil Marzo), concretamente en el corral de Pumares. De las dos, es la vereda de Hórtola la que mayor interés presenta debido a su recorrido por la Albosa venturreña, que discurre entre Jaraguas, Venta del Moro y Casas de Pradas y las aldeas de Los Marcos y Las Monjas, entrando en el término de Requena por el caserío de La Muelecilla.



Sistemas de regadío tradicionales en la Albosa venturreña. Izquierda: aguas superficiales (Casas de las Huertas y Llano de la Virgen, Casas de Pradas) en 1945. Derecha: aguas subterráneas (Casas de Moya) en 1977. Fuente: ICV



Una de las últimas muestras de la horticultura venturreña y saque o limpieza tradicional de la acequia. Paraje El Álamo, Jaraguas. Autor: Ignacio Latorre Zacarés

La documentación histórica refleja el paso de los ganados y el aprovechamiento de los pastizales delimitados, en especial de las dehesas de la Sevilluela y del Relame, cuyo pasto era arrendado en el siglo XVIII unos meses al año a ganaderos foráneos quedando el resto para el uso por parte de los vecinos.

Asimismo, las necesidades que presentaban reses y pastores quedaban suplidas gracias a la intrincada infraestructura asociada a estas vías pecuarias y dehesas. Manantiales, aljibes, pozos o charcos (González, 2024) calmaban la sed durante los largos trayectos, mientras corrales y majadas servían de cobijo y refugio. De forma inexorable, este tránsito milenario prácticamente se ha extinguido, habiendo quedado sin mantenimiento los valiosos puntos de agua y desapareciendo los pastizales asociados al silvo-pastoralismo.

EL ARBOLADO MONUMENTAL: PATRIMONIO HISTÓRICO, ETNOGRÁFICO Y ECOLÓGICO

En la Albosa venturreña se han conservado hasta la actualidad árboles de distintas especies, alcanzando en ocasiones tallas y edades asombrosas. Un gran número de ellos fueron respetados de talas y roturaciones en siglos pasados, siendo conservados y transmitidos de generación en gene-

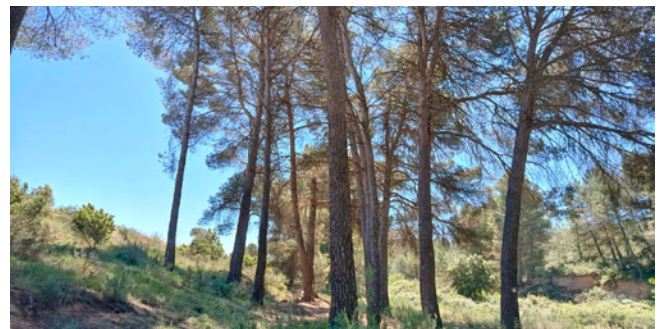


ración, caso de carrascas (*Quercus rotundifolia*), pinos carrascos (*Pinus halepensis*) o chopos negros (*Populus nigra*). Otros, en cambio, se plantaron en áreas de cultivo, junto a casillas o en los núcleos urbanos para sombra y ornato, con especies autóctonas como el álamo negro (*Populus nigra*) o el olmo común (*Ulmus minor*), tan afectado por la grafiosis, y exóticas o alóctonas, destacando el arce negundo (*Acer negundo*) o el sauce -desmayo- (*Salix babylonica*). En este sentido, el patrimonio arbóreo funciona como una especie de crisol entre las dinámicas culturales y económicas y las comunidades vegetales del territorio albosoño.

Ligados a los usos tradicionales, constituyeron una parte esencial de las tareas agrícolas y la obtención de frutos para la subsistencia de las familias venturreñas. Quizá la sombra sea uno de los recursos más valiosos que puede proporcionar un árbol, dando lugar a los recordados árboles de hato y sestero, bajo los que se guarecían labradores, pastores, caballerías y hatajos de ganado. Buenos ejemplos de ello fueron los desaparecidos olmos de la Muela de Arriba, de Jaraguas y de la Casa Segura o los centenarios pinos de Casas de Moya y el Pino de Caña Grande, así como los afortunadamente conservados Pinos de las Carrizosas, la carrasca de Los Aldabones, junto al mayor charco ganadero del término, el majestuoso Pino del tío Josico o el almez -llatonero- (*Celtis australis*) del Corral de los Vallejos (Casas de Pradas).



Pozo y abrevadero de la Sevilluela, en la antigua dehesa homónima y junto a la Vereda de la Mancha. Autor: Javier González Segura



Reservado de pinos del tío Blas Haba, cerca de la Casa Lanza. Autor: Javier González Segura



Tronco del colosal pino de Las Carrizosas (Jaraguas) y viejo almez de Los Vallejos (Casas de Pradas), típicos árboles de hato y sestero. Autor: Javier González Segura

Entre los ya mencionados árboles frutales, a caballo entre los adustos secanos y las fructíferas huertas, todavía pueden localizarse ejemplares de gran porte y valor cultural. Cerezos (*Prunus avium*), nogales -nogueras- (*Juglans regia*) o almendros -almendreros- (*Prunus dulcis*) han proporcionado nutritivos frutos a sus propietarios, especialmente valorados en años de cortas cosechas. Ya en los núcleos urbanos, y jalonando caminos, acequias o límites de parcelas, el arbolado adquiere una mayor componente social y lúdica. Las moreras (*Morus alba*) del paseo homónimo y de la calle Conde de Villamar, a orillas de nuestra rambla, el sauce de la Fuente de los Desmayos o la magnífica alameda blanca de la calle de la Fuente Amparo (Jaraguas) han sido anfitriones de numerosos actos festivos, suponen refugio para la fauna local y aportan un interesante contrapunto al paisaje urbano.

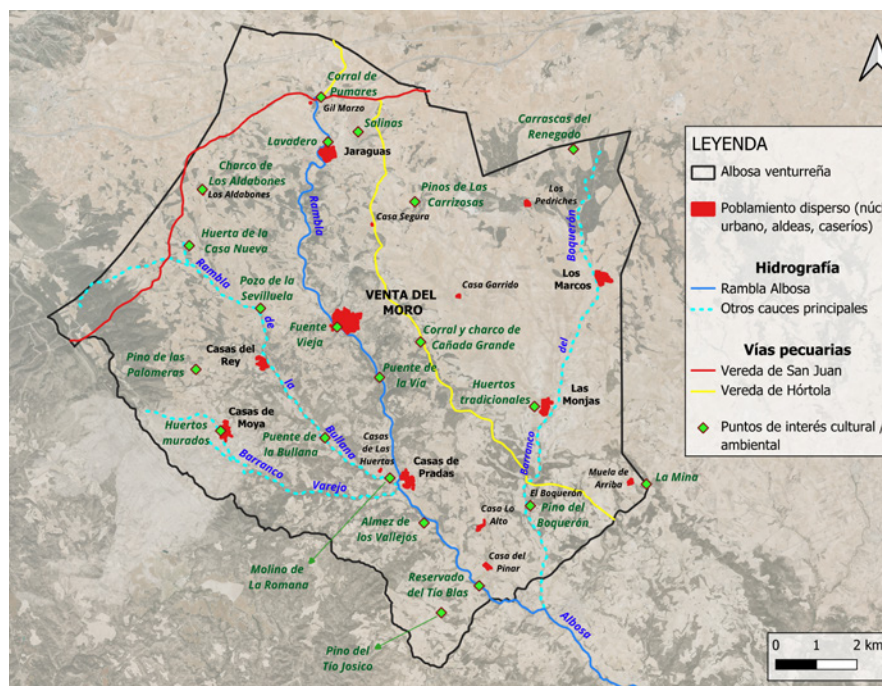
Finalmente, debe hacerse notar la relevancia ecológica y cultural que tienen los últimos pinares carrascos de rambla bien conservados del término, verdaderos rodales relictos tras siglos de explotación maderera. Actualmente en posesión de la Diputación de Valencia, fueron respetados y posteriormente donados por su anterior propietario, el acaudalado Blas Haba (López, 2011). Situados en la Casa Lanza y en la desembocadura del Barranco del Boquerón, conforman “un verdadero reservado para las

generaciones futuras”, como señala Antonio López Haba, descendiente del tío Blas.

Las sucesivas transformaciones del territorio han moldeado profundamente el paisaje actual de la Albosa alta, ofreciendo a paisanos y visitantes un territorio especialmente rico. Por tanto, es nuestra labor cuidarlo y protegerlo de aquellas amenazas que puedan vulnerar sus más destacados valores culturales y ambientales.

Fuentes y Bibliografía

- Confederación Hidrográfica del Júcar (CHJ) e Instituto Cartográfico Valenciano (ICV)
- ARGILÉS GÓMEZ Vicente y SÁEZ LÓPEZ Vicente, De vuelta por el Municipio de Requena. La Albosa requenense, Requena, Caja Campo, 2008, 463 p.
- ATIENZA PARDO, Carlos, Registro de fuentes y manantiales del Altiplano de Requena-Utiel. Términos de Sinarcas, Utiel, Venta del Moro y Villargordo del Cabriel, Requena, Inédito, 2021
- GÓMEZ SÁNCHEZ Carlos Javier, “Arquitectura pastoril en Venta del Moro”, El Lebrillo Cultural, n. 32, 2015, p. 15-21.
- GONZÁLEZ SEGURA Javier, “Las charcas agroganaderas en el secano venturreño”, El Lebrillo Cultural, n. 41, 2024, p. 34-40.
- HERMOSILLA PLA Jorge (Director), El regadío histórico en la comarca de Requena-Utiel, Colección Recuperem Patrimoni, Valencia, Generalitat Valenciana, 2005, 231 p.
- IRANZO GARCÍA Emilio, “Sal, cultura y paisaje. Jaraguas y sus salinas”, El Lebrillo Cultural, n. 23, 2007, p. 27-34.
- LATORRE ZACARÉS Ignacio, “Venta del Moro en el Catastro del Marqués de la Ensenada”, OLEANA, n. 16, 2001, p. 371-382.
- LATORRE ZACARÉS Ignacio, “Victoriano Olmo, alcalde de aguas de Casas del Rey”, El Lebrillo Cultural, n. 21, 2004, p. 41-44.
- LATORRE ZACARÉS Ignacio, “La fuente de Nuestra Señora de Loreto y el abastecimiento de agua en Venta del Moro”, El Lebrillo Cultural, n. 36, 2019, p. 43-48.
- LÓPEZ HABA Antonio, “El día que estuve retenido en Venta del Moro y la cueva de Blas Haba”, El Lebrillo Cultural, n. 28, 2011, p. 9-10.



Albosa venturreña y puntos de interés. Fuente: CHJ e ICV. Elaboración propia.